

hospitalidad. Rompiase en dos trozos una *tessera*, un medallon de barro en el cual se encerraba la cabeza del hospitalario Júpiter; y repartidos esos trozos entre dos familias, tenia cada una de estas un símbolo de agradecimiento hácia el extranjero que venia de un país lejano. Juntando los dos trozos del medallon, se volvia á hallar un nombre comun, el recuerdo de una amistad antigua, el pensamiento de los antepasados. Asimismo los franceses tienen su símbolo, y no pueden pronunciar el nombre de Washington sin que el norteamericano responda con el de La Fayette: nombres inseparables, recuerdo imperecedero y glorioso que debe unir Francia á América con lazos de eterna amistad.

### CAPÍTULO XX.

1778-1781.

Mientras se gestionaba en Francia la conclusion de un tratado de alianza y de comercio con los comisionados norteamericanos, comenzaba en Inglaterra á alarmarse la opinion y todos dirigian las miradas hácia Chatham, el único capaz de evitar la guerra con los Borbones, ó acabarla con felicidad, y conservar, si hubiese sido posible, la unidad del imperio.

¡Cosa estraña! El que mas ardientemente deseaba que Chatham cargara con tamaña responsabilidad, era el primer ministro, lord North. La oposicion partia del rey, no del ministro, cansado de unos poderes harto pesados para sus débiles hombros.

El dia 17 de febrero de 1778 lord North, como para preparar el camino á su sucesor, sometió á la Cámara de los comunes dos leyes con objeto de terminar la guerra. Su discurso, como todos los de un ministro, fué una apología de su conducta, de su moderacion, de su benignidad; alegaba que no era él quien habia propuesto imponer tributos á América, que habia aceptado una posicion que él no habia creado; que la guerra habia sido desgraciada en realidad de verdad, pero que no por eso estaba el país arruinado. Que los recursos eran inmensos, que la marina se hallaba en mejor estado que nunca, que si se transigia, haciendo concesiones, era puramente por amor á la paz. La verdad es que fueron menester las amenazas de Francia para echar de ver que los norteamericanos tenian algunos derechos.

El primer proyecto de ley estaba intitulado así: *Acta destinada á desvanecer todas las dudas y aprehensiones en lo que se refiere á*

la tasacion de las colonias por el Parlamento de la Gran Bretaña. El proyecto revocaba en términos espresos el derecho sobre el té, y, en cuanto á lo sucesivo, declaraba: que á contar desde aquella acta, el rey ni el Parlamento no impondrian ningun derecho, tributo, ni gabela á las colonias americanas de S. M., esceptuando los derechos que exigia la reglamentacion del comercio, derechos cuyo producto líquido se aplicaria siempre para atender á los gastos que ocasionara la colonia en que se hubiesen recaudado. De esa manera, el Parlamento renunciaba completamente á aquel derecho de impuesto que habia motivado la guerra<sup>1</sup>; aunque era demasiado tarde.

El segundo proyecto de ley autorizaba á S. M. para nombrar delegados, con atribuciones suficientes para tratar con las colonias insurrectas. Esos delegados eran en número de cinco, y sus poderes eran amplios. No debian meterse en discusiones acerca de la categoría ó el título legal de los jefes norteamericanos, y se les daba entera libertad para tratar con cualquiera personaje ó corporacion política. Podian proclamar la conclusion de las hostilidades, revocar cualquier acta posterior á 1763, pedir una contribucion moderada para las necesidades comunes del imperio, y en caso necesario renunciar á ella. Es decir, los delegados podian admitir cualesquiera condiciones, todas, *excepto la independencia*. Su mision era obtener la reconciliacion á todo trance. El Parlamento se reservaba el derecho de confirmar la paz.

Cuando lord North hubo concluido su discurso, reinó un profundo y triste silencio en la Cámara. El partido ministerial estaba abatido. ¿Qué se habia hecho de aquella obstinacion que parecia ser hija de la fuerza? La oposicion hizo uso de la palabra, por medio de Fox, para felicitar al ministro por su feliz conversion, y para admirarse al propio tiempo de que un ministro, que tan completamente cambiaba de opinion, permaneciese en el poder. ¿Creia por ventura lord North tener la lanza de Aquiles para curar las heridas que habia hecho? ¿Podia imaginar que América recibiria la paz de aquella mano sospechosa, que jamás seria la de un amigo<sup>2</sup>?

Fox tenía razon, pero únicamente en la forma, porque lord North estaba resuelto á abandonar el poder, y á dejar el puesto á un ministro menos comprometido. Los dos bills fueron votados, recibiendo en 11 de marzo de 1778 la sancion real.

<sup>1</sup> Lord Mahon, tom. VI, pág. 225.

<sup>2</sup> Id. id. tom. VI, pág. 227.

Dos dias despues, en 13 de marzo de 1778, el marqués de Noailles, embajador de Francia, puso en manos de lord Weymouth, secretario de Estado, una nota que anunciaba formalmente el tratado de alianza y amistad concluido entre Francia y los Estados Unidos. Esa nota estaba concebida en términos, que por la fuerza de las cosas, parecian irónicos é irrisorios. Así pues, recordaba que desde el 4 de julio de 1776 los norteamericanos estaban en plena posesion de su independencia, y añadia: «Al hacer esta comunicacion á la corte de Lóndres, el rey de Francia está firmemente persuadido de que el gabinete de la Gran Bretaña verá á su través un nuevo testimonio del deseo constante y sincero de paz que anima á S. M. Esta abraza la esperanza de que S. M. Británica, animada de los mismos sentimientos, querrá igualmente evitar cuanto pudiere alterar esa buena armonia, y que tomará especialmente medidas efectivas para que nada interrumpa las relaciones comerciales entre los súbditos de S. M. y los Estados Unidos de América.»

La contestacion á esa nota, como es fácil prever, fué la orden dada á lord Stormont, embajador en París, de exigir un pasaporte, y volver inmediatamente á Lóndres. Por su parte, el marqués de Noailles tomó tambien el suyo para regresar á París. No era eso una declaracion de guerra; pero nadie se hacia ilusiones acerca del particular, y era indudable que España seguiria á Francia. ¡Harto se conocia ahora que Chatham tenia razon!

El rey mandó enseguida comunicar la nota francesa al Parlamento. Adjunto le sometió un mensaje en el cual reiteraba á las Cámaras su firme propósito de sostener el honor de la corona. Las Cámaras votaron, por inmensas mayorías, mensajes que respiraban lealtad, pero con algunas espresiones amargas. Mas de una vez se pronunció el nombre de lord Chatham, como el de un hombre necesario, y lord North no ocultó que estaba dispuesto á retirarse, por mas que el rey le hubiese declarado que no se apoyaria en lord Chatham ni en su camarilla, y que solo le aceptaria en el caso de venir él con sus amigos, como auxiliar de su ministro favorito<sup>1</sup>.

Entonces fué cuando en 7 de abril de 1778, el duque de Richmond propuso un mensaje al rey, en el cual se suplicaba á S. M. que retirara sus escuadras y ejércitos de las trece colonias, y que reconociera su independencia. Era una de esas medidas necesarias,

<sup>1</sup> Lord Mahon, tom. VI, pág. 232.

pero humillantes, que solo acepta un país cuando no hay otro remedio. El patriotismo de Chatham se sublevó ante esa idea. Consumido por la gota, se hizo llevar á la Cámara de los lores, y arrastrándose casi, llegó á su sitio, apoyado en los hombros de su hijo William Pitt y de lord Mahon, yerno suyo.

Sus palabras trémulas, sus frases breves y entrecortadas, eran como el último llamamiento al patriotismo inglés:

«Jamás, exclamó Chatham, jamás consentiré en privar de su hermosa herencia á un descendiente de la casa de Brunswich, á un heredero de la princesa Sofia. S. M. sucedió á un imperio tan vasto como respetable. ¿Deslucremos nosotros los fastos de ese imperio con una ignominiosa abdicacion de nuestros derechos?... ¿Nos caeremos de hinojos ante la casa de Borbon? Ciertamente, milores, esta nacion no es ya lo que era no ha mucho. Un pueblo, que diez y siete años atrás, era el terror del mundo, ha descendido lo bastante para decir hoy á su enemigo de siempre: Toma lo que tenemos, pero danos paz. No, es imposible. No ataco á nadie, no pido el lugar que los demás ocupan, no quiero asociarme con hombres que se obstinan en el error; pero en nombre del cielo, si es absolutamente necesario elegir entre la paz y la guerra; si no puede mantenerse la paz, á menos de perder la honra, ¿por qué, sin vacilar, no habeis de comenzar la guerra? No tengo un conocimiento preciso de los recursos con que cuenta el reino, pero estoy seguro de que son suficientes para sostener nuestros justos derechos. Milores, cualquiera partido es preferible á la exasperacion. Hagamos á lo menos un esfuerzo, y, si es preciso sucumbir, sucumbamos como hombres.»

El duque de Richmond tomó la palabra para decir que nadie mas que él deseaba la union de entrambos países; pero que esa union era irrealizable; y que si no se daban prisa á aliarse con los norteamericanos, éstos serian presto aliados de Francia. Y seguidamente añadió: «Nadie respeta mas que yo el ilustre nombre de Chatham, pero ese nombre no puede realizar lo imposible, no estando las cosas en la situacion y estado en que las dejó el noble lord al abandonar el poder. Entonces América estaba en favor nuestro; hoy empero está contra nosotros; entonces la Gran Bretaña y América hacian frente á Francia y á España; pero hoy Francia, España y América se concertan contra la Gran Bretaña.»

<sup>1</sup> Lord Mahon, tom. VI, pág. 241.

Al oír esas últimas palabras, se levantó súbitamente Chatham sacudido por una violenta emocion: toda su obra iba á desplomarse; triunfaba la casa de Borbon; América quedaba desprendida de Inglaterra, todo lo cual era hartamente humillante para él. Entonces murmuró algunas palabras, y cayó herido mortalmente de un ataque de apoplejía. Se levantó la sesion; los Pares se agolparon en torno de Chatham, al cual trasladaron á una casa vecina. Un mes despues murió, sin que en todo ese tiempo hubiese vuelto á adquirir el dominio de sus facultades. En tanto que Inglaterra le enterraba en Westminster, enterraba con él esa soberanía de los mares y del mundo que habia ambicionado siempre.

En lord Chatham desaparecian todas las probabilidades de una futura reconciliacion; suponiendo que fuese esta posible.

Los comisionados enviados á América, lord Carlisle, William Eden, y posteriormente lord Auckland y Jorge Johnstone, debian unirse con el almirante Howe y el general William Howe; pero, al llegar aquellos, el general habia solicitado y obtenido que se les llamara de nuevo á Inglaterra. Sir Henry Clinton sucesor de aquel último jefe habia recibido la orden de evacuar á Filadelfia y retirarse á Nueva York, punto en donde debia defenderse de una escuadra francesa.

La situacion era crítica, como quiera que no podian inspirar confianza unos comisionados enviados en nombre y con autorizacion de lord North, enemigo de América, quienes á su vez quisieron enviar al Congreso á su secretario. Era este el doctor Adam Ferguson, profesor de filosofia en Edimburgo, uno de los hombres mas originales que existian á últimos del siglo pasado. Washington se negó á darle pasaporte sin haber obtenido antes licencia del Congreso.

El Congreso, por su parte, habia tomado una resolucion, en cuya virtud declinaba toda conferencia, á menos que los comisionados mandaran retirar ante todo las escuadras y ejércitos ingleses; ó, en otros términos: sin que primero reconociesen la independencia norteamericana.

En vano los comisionados se dirigieron al presidente del congreso para darle á conocer la estension de sus poderes; en vano prometieron que Inglaterra no sostendria tropas permanentes en las colonias sin autorizacion de las asambleas, y que se arbitrarian medios para pagar las deudas y realzar el valor del papel moneda; en vano ofrecieron uno ó varios asientos en el Parlamento á los

agentes de las colonias; en una palabra, todo lo propusieron conceder los comisionados, esceptuando la soberanía. Sus proposiciones fueron rechazadas con desden, y el Congreso declaró en términos concisos que no habia lugar siquiera á deliberacion acerca de las mismas. No fueron mas favorablemente acogidas las que se hicieron á los particulares. En una de las comunicaciones hechas al Congreso, ciertas palabras poco lisonjeras para Francia dieron lugar á un lance de honor entre La Fayette y lord Carlisle, y aunque Su Señoría declinó la provocacion, el conflicto no fué menos ruidoso en América, y luego despues en Europa. Los comisionados se vieron precisados á embarcarse, despues de haber dado un manifiesto redactado en un tono tan inoportuno como amenazador, y en el cual se echaba á volar la idea de que si las colonias debian estar bajo la dependencia de Francia, Inglaterra procuraria no dejar á su enemiga mas que una posesion sin valor.

En el año 1778, no tuvieron lugar combates serios en América, exceptuando únicamente el ataque que dió Washington al ejército inglés, mientras este verificaba su retirada por las Jerseys, ataque que se conoce con el nombre de batalla de Monmouth, y que se malogró por culpa del general Lee.

Esa inaccion, esa impotencia de un país ocupado por el enemigo maravillará quizás á alguno de mis lectores; pero la reflexion le hará desvanecer la sorpresa. Los ingleses solo ocupaban un punto de aquel vasto continente, y era indudable que no podrian conservarse en él. Ahí está el origen de la indiferencia general. Los Estados particulares se constituian, y organizaban sus gobiernos, en tanto que el Congreso estaba poco menos que abandonado, el ejército aburrido, y el país inundándose progresivamente de papel moneda, caminaba hácia la bancarrota. Todo el peso de los negocios gravitaba sobre Washington.

Este se lamenta de aquella situacion con mucha elocuencia en carta dirigida á Benjamin Harrison, de Virginia.

«Me parece tan claro como el dia, que nunca como hoy ha tenido América necesidad mas urgente de la sabiduría, del patriotismo y de la energía de sus hijos; así es que, si no hay en eso un motivo de afliccion general, por lo que á mí hace, estoy dolorosamente conmovido al ver, que llevados de un amor exagerado hácia sus intereses particulares, algunos individuos, los mas hábiles del Congreso se han retirado con menoscabo del bien público. Nuestro sistema político puede compararse al mecanismo de un reloj, y de ahí

debiéramos tomar una leccion importante. ¿De qué sirve tener las ruedecitas en buen estado, si se tiene malparada la gran rueda, que es el resorté principal y el primer motor de toda la máquina?

«Mucho convendria que los Estados no se contentaran esclusivamente con elegir á sus hombres políticos mas idóneos, sino que habrian de obligarlos á tomar asiento en el Congreso, para indagar escrupulosamente las causas que tan lamentables resultados han producido al ejército y al país. Quisiera, en una palabra, que se reformaran los abusos públicos. Si eso no se verifica, no se necesita ser profeta para predecir las consecuencias de la actual administracion, para anunciar que todo el cuidado que ponen los Estados en nombrar comisiones, en formar proyectos de leyes, y en confiar empleos á sus ciudadanos mas capaces, no conducirá á nada en último resultado. Si el conjunto va mal dirigido, todos los detalles perecerán en el naufragio general, y luego tendremos que avergonzarnos de habernos perdido á causa de nuestra propia locura y negligencia, ó quizás merced á los deseos que nos agitan de vivir holgados y tranquilos, aguardando el fin de una revolucion tan grande mientras que los hombres mas capaces y virtuosos de nuestro mundo norteamericano deberian desplegar toda su actividad para conducirla á su término.

«Es muy de temer que los Estados, ocupados en sus asuntos, tengan una idea muy inexacta de la crisis actual. Hay muchos que, viviendo apartados del teatro de la accion, no ven, ni leen sino los escritos que halagan sus deseos, é imaginan que la lucha toca á su término, y que todo se reduce ya á constituir el gobierno y organizar la administracion de su propio Estado; mas deseemos todos que un revés lamentable no vaya á caer sobre ellos como un rayo inesperado.

«El público cree que en estos momentos los Estados están mal representados, que en el Congreso se trata muy mal á los mas caros intereses de la nacion, ora por falta de asistencia ó de habilidad, ora tambien á consecuencia de la discordia y del espíritu de partido. Tal estado de cosas es mas deplorable hoy que antes, porque estamos muy adelantados en el camino de la lucha, y, segun la opinion general, nos acercamos á un desenlace feliz. Europa tiene sus miradas fijas en nosotros, y estoy seguro de que algun acéchador político nos vigila para averiguar nuestra situacion, y dar parte de nuestra debilidad y de nuestras necesidades.»

De la propia manera transcurrió el año 1779; las fuerzas ingle-

sas, muy mermadas, se limitaban á hacer algunas expediciones en las costas, con lo cual llevaban á cabo crueldades y desgracias inútiles. El ejército norteamericano, igualmente reducido, mal pagado, mal vestido y peor alimentado, no podía impedir aquellas exacciones. Entrambas partes aguardaban la llegada de las tropas francesas, las cuales, por decirlo así, habían de decidir la cuestión inglesa.

Sin embargo la miseria era general, abundando tanto el papel moneda, que casi carecía de valor, tomándose por la vigésima, por la cuadragésima, y aun por la centésima parte de su valor nominal. Un oficial inglés refiere, en sus viajes, que en diciembre de 1779, su posadero, en el Maryland, le presentó una cuenta de 732 libras (18,300 francos), la cual satisfizo el huésped con 4 guineas y media, es decir, con 112 francos y cincuenta céntimos.

El Congreso que, por su negligencia, había sido causa de tan lamentable estado de cosas, rechazaba desdeñosamente y como una amenaza injuriosa, el inminente peligro de una bancarota.

«Una república que no inspirara confianza, una república quebrada, se dijo en un manifiesto del Congreso á la nación, con fecha del 13 de setiembre de 1779, sería una cosa sin ejemplo en la historia del mundo.

«No se diga, no sea lícito jamás decir que no bien se hizo independiente América, se hizo insolvente. Hermosas palabras fueron esas, pero desde que se pronunciaron hasta la bancarota solo medió el espacio de dos años.

No se hicieron aguardar los efectos de ese papel moneda. Washington nos bosquejó un tristísimo cuadro de aquella situación.

«Si tuviera que pintar el tiempo y los hombres por lo que he visto, por lo que he oído y sé, diría, en una sola palabra, que la ociosidad, la disipación y la extravagancia lo han invadido todo; que la especulación, el peculado y una sed insaciable de riquezas se sobreponen á cualquier otra consideración, y dominan á todos los hombres; que la gran cuestión del día se reduce únicamente á las discordias particulares y á ambiciones de partido, en tanto que se descuida y aplaza de semana en semana y de día en día, cuanto se refiere más de cerca á los graves intereses del Estado, á saber: la Deuda enorme, que va aumentando todos los días, la Hacienda en estado ruinoso, un papel desestimado, la pérdida de todo crédi-

<sup>1</sup> Lord Mahon, tom. VI, pág. 238.

to. En la actualidad, en esta ciudad, nuestro papel pierde diariamente un cincuenta por ciento; y no me sorprendería que dentro algunos meses no tuviera curso siquiera. A pesar de lo cual, una velada, un concierto, una comida, una cena que costará tres ó cuatrocientas libras no solamente impedirá á los políticos ocuparse en sus tareas, sino que más bien se las hará olvidar de todo punto, en tanto que muchos oficiales abandonan las filas por razón de su miseria suma.

«... Ved aquí un tristísimo cuadro; con toda la sinceridad de mi alma le creo verdadero, y os anuncio que me asusta más lo que hoy veo, que cuanto ha podido acontecer desde que comenzó la lucha.

Transcribo esas cartas, para dar á comprender mejor lo que es un grande hombre. La carta que sigue, escrita en West-Point, con fecha del 16 de agosto de 1779, nos hará conocer, en medio de su sencillez, al Fabio norteamericano.

«Al doctor Cochran, cirujano mayor del ejército.»

«Querido doctor: Por invitación mía, mañana vendrán á comer conmigo las señoras Cochran y Livingston; y ¿no me exige el honor decirles la comida que pienso ofrecerles? Como que yo no gusto de engañar, aun cuando no se trate más que de imaginación, voy á llenar mi deber. Desde luego es inútil afirmar que mi mesa sea suficientemente grande para recibir á esas señoras, de lo cual tuvieron ayer una prueba ocular. Acaso es más necesario decirles de qué manera está ordinariamente servida, que tal es el objeto de la presente.

«Desde nuestra llegada á esta feliz mansión, hemos tenido un jamón, á veces una espalda de cerdo salado, para guarnecer el un extremo de la mesa; un pedazo de buey asado adorna el otro extremo y un plato de habas ó legumbres, plato casi imperceptible, ocupa el centro. Cuando el cocinero la dá por sacar á relucir su habilidad (como presumo lo hará mañana) tenemos además dos empanadas de tajadas de buey, ó dos platos de langostas. Se les coloca respectivamente uno á cada lado del plato del centro, reduciéndose de esa suerte á seis piés la distancia de uno y otro plato, que sin eso sería casi de doce.

«El cocinero tuvo últimamente talento suficiente para descubrir que con manzanas se pueden confeccionar tortas, y se trata de sa-

<sup>1</sup> Carta á Bery, Harrison, 30 de Diciembre de 1778.